

**EL «VIRREY DE CALIFORNIA» GASPAR DE PORTOLA Y LA
PROBLEMATICA DE LA PRIMERA GOBERNACION
CALIFORNIANA (1767-1769)**

POR

SALVADOR BERNABEU ALBERT

*«¡Que Dios guarde al honorable Don Gaspar de Portolá, catalán, capitán de dragones y actualmente, desde el año de 1767, primer Gobernador de California! Se le ha concedido esta posición para honrarlo por sus méritos, pero a base de la reputación equivocada acerca de la bondad del país y sus riquezas. No se le hubiera podido castigar de una manera más severa (con excepción de muerte, galeras o prisión perpétua), si hubiera jurado en falso contra su rey y si hubiera querido traicionar a su patria» (Juan Jacobo Baegert: Noticias de California) **

Los deseos reformistas de la monarquía ilustrada española se hicieron presentes en el virreinato novohispano gracias a un entusiasta grupo de funcionarios reales que no cejaron en su empeño de reforzar el poder del Estado en los inmensos dominios de la Corona, así como introducir las necesarias reformas políticas-administrativas para que las colonias se modernizaran y lograsen financiar los planes de progreso y defensa del obsoleto imperio hispano. Las devastadas e indefensas zonas del noroeste mexicano no fueron ajenas a estos planes, sino que, por el contrario, fueron elegidas como uno de los principales campos de

Trabajo efectuado dentro del Programa de Investigación PB87-0375 del Ministerio de Educación y Ciencia

SIGLAS UTILIZADAS:

AGN: Archivo General de la Nación, México DF.

BNM. AF: Biblioteca Nacional, México. Archivo Franciscano.

(*) Fue el padre Baegert quien llamó, repetidamente, a Gaspar de Portolá, con cierto sarcasmo, virrey de California. Quiero agradecer al Seminario del Noroeste de México, del Instituto de Investigaciones Históricas, de la Universidad Nacional Autónoma de México, su hospitalidad y ayuda para la realización de este trabajo.

acción de la política regional de la Ilustración novohispana (1). Ello se explica gracias a una curiosa combinación de «fe ciega» en las potencialidades económicas del area —aún por descubrir y explotar—, a la necesidad de remediar una situación de inestabilidad secular y de asegurar el flanco noroccidental del virreinato, y a la presencia del Visitador General José de Gálvez, quien hizo del Noroeste un proyecto personal (2).

El primer paso que había que dar antes de implantar otras reformas —o más bien novedades—, era pacificar la región, asolada por las invasiones apaches y por las revueltas de otros grupos indígenas locales. Las autoridades optaron por una expedición militar de gran envergadura, que paulatinamente fue contando con el apoyo de diversos sectores de la sociedad novohispana —comerciantes, cabildos eclesiásticos, etc.—, la cual fue encabezada por el coronel Domingo Elizondo bajo la estrecha vigilancia del celoso Visitador. Para conformar dicha legión punitiva, fueron enviados a Nueva España varios grupos militares, entre los cuales sobresalió, por su amplia participación —temporal y espacial— en el Noroeste, la Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña, formada en 1762 con voluntarios del Segundo Regimiento de Infantería de dicha provincia.

La presencia de los militares catalanes en las regiones norteñas supuso —entre otras cosas— la disponibilidad de un notable grupo de experimentados oficiales que pronto serían utilizados por las autoridades novohispanas para implantar las reformas ilustradas en la región y realizar otros particulares encargos, Gaspar de Portolá, Pedro Fages y Pedro Alborni, entre otros, tienen unidos sus nombres a la historia de Sonora, Sinaloa, ambas Californias y al efímero establecimiento de Nutka, en la isla Vancouver. Un simple cómputo de sus servicios en estas regiones arroja un balance excepcional, por lo que estos militares han sido objeto de diversos estudios generales y particulares (3). Gran parte de los mismos han sido dedicados a Gaspar de Portolá, si bien, casi todos se centran en su participación en la expedi-

(1) Ignacio del RÍO CHÁVEZ: “El noroeste novohispano y la nueva política imperial española” en *Historia General de Sonora II. De la Conquista al Estado Libre y Soberano de Sonora*. Gobierno del Estado de Sonora (Hermosillo, 1985) vol. II, págs. 191-220.

(2) Sobre la Visita de Gálvez siguen siendo fundamentales, a pesar de sus lagunas, las obras de Herbert Ingram PRIESTLEY: *José de Gálvez. Visitor General of New Spain (1765-1771)* Procupine Press Inc. (Philadelphia, 1980) y *Las reformas de José de Gálvez en Nueva España*. Editorial Vargas Rea (México, 1953).

(3) Josep P. SÁNCHEZ: “Un repaso sobre la Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña en Sonora” *Memoria del Primer Simposio de Historia de Sonora* Universidad de Sonora-Instituto de Investigaciones Históricas (Hermosillo, 1976) págs. 41-48; y *The Catalan Volunteers in Northwestern New Spain 1761-1810*

ción colonizadora de la Alta California (1769-1770), conocida como La Santa Expedición. Poco se sabe de sus acciones militares anteriores —simples apuntes— y, en cuanto a sus cargos posteriores, como gobernador de Puebla por ejemplo, no existen estudios específicos. La biografía de Portolá está polarizada, en consecuencia, en torno a su expedición a la Alta California y su papel fundamental en los inicios de los nuevos presidios y misiones (4)(1).

Sin embargo, la falta de estudios globales sobre la visita de Gálvez al Noroeste y la organización y desarrollo de la Santa Expedición, unido a un excesivo culto al héroe, han propiciado una visión deformada de la participación de Gaspar de Portolá. Uno de los episodios que más luz arroja sobre este asunto es su estancia en Loreto como gobernador de California, inmediatamente anterior a su peregrinación a San Diego y Monterrey en el mes de mayo de 1769. Se trata de un período fundamental para la historia californiana, no sólo porque el militar catalán fue el primer gobernador de aquella lejana provincia, sino porque representó la avanzadilla de la convulsiva visita de José de Gálvez, a quien estuvo fatalmente ligado hasta su regreso a la península en 1772. Durante la gobernatura de Portolá se realizaron las

University of New Mexico (Albuquerque, 1990). Otro estudio general es el de Patricia OSANTE Y CARRERA: *Reformismo Borbónico y Colonización. Estudio sobre el grupo catalán en la Alta California (1767-1792)* Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1988, 204 págs. Por último, Agustín ARAGÓN LEYVA: "Los catalanes, el puerto de San Blas y las Californias" en *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional* 2 vols. Dirección General de Acción Cívica y Cultural (Mexicali, 1958) vol. 1, págs. 367-377.

(4) Los estudios biográficos dedicados a Gaspar de Portolá son muy numerosos: Joseph CARNER-RIBALTA: *Els catalans en la descoberta i colonització de Califòrnia seguit del (Diari històric) de Gaspar de Portolá. Amba catorze gravats i quatre cartes geogràfiques* Biblioteca Catalana (Mèxic, 1947); Fernando BONEU COMPANYYS: *Don Gaspar de Portolá. Descubridor y primer gobernador de California* Instituto de Estudios Ilerdenses (Lérida, 1970); del mismo autor: *Documentos secretos de la expedición de Portolá* Instituto de Estudios Ilerdenses (Lérida, 1973); *Don Gaspar de Portolá, el noble militar leridano, descubridor y primer gobernador de California*: Publicaciones Españolas (Madrid, 1970); *De Catalunya a California: Gaspar de Portolá* Diputació (Lleida, 1986) y "Gaspar de Portolá, Explorer and Founder of California" en *Ieres Jornades d'Estudis Catalano-Americans* Comissió Catalana del Cinquè Centenari del Descobriment d'Amèrica (Barcelona, 1984). Copia mecanoscrita; Eduardo RODEJA: "Gaspar de Portolá en el descubrimiento y colonización de California" en *Revista de Gerona* tomo VI, págs. 61-64 (Gerona, 1960); Joseph CARNER RIBALTA: *Contribució a una biografia de Gaspar de Portolá* (Barcelona, 1966); Pedro SANAHUJA O.F.M.: "Don Gaspar de Portolá, gobernador y explorador de la Alta California" en *Ilerda* tomo III, nº V (Lérida, 1970) Josep V. ALÇOFAR NASSARES: *Gent nostra. Gaspar de Portolá* Ediciones de Nou Art Thar (Barcelona, 1985); y Angela CANO, Neus ESCANDELL y Elena MAMPEL: *Crónicas del descubrimiento de la Alta California, 1769, Gaspar de Portolá* Universitat de Barcelona (Barcelona, 1984).

primeras medidas para sustituir al otrora poderoso sistema misionarial jesuita por una sociedad colonial utópica regida por las luces de la razón y el sometimiento a la autoridad del Estado. Las diferencias entre el proyecto y la realidad quedaron manifestadas con rapidez. Estamos ante una interesante visión de lo que era la península a finales de 1767 y un catálogo de los problemas que hubo que afrontar para implantar el orden ilustrado.

1. EL PRIMER GOBERNADOR DE CALIFORNIA

Gaspar de Portolá nació en 1717 en Balaguer (Lérida). El 31 de julio de 1734 ingresó en calidad de alférez en los Regimientos de Dragones de Villaviciosa y Numancia, ascendiendo el 26 de abril de 1743 a teniente de Dragones y Granaderos de Numancia y el 31 de julio de 1764 a capitán de esta misma compañía, que, con el nombre de Regimiento de Dragones de España, fue destinada a servir en el virreinato novohispano. Al llegar a México (1764), Portolá era un experimentado militar que había participado en diversas acciones en Italia y en la campaña de Portugal durante la guerra de los Siete Años, en la que incluso fue herido. Destinado su regimiento por el virrey Croix para integrar la expedición de Sonora en 1767, Portolá partió con sus compañeros rumbo a Tepic, donde la demora en la fabricación de dos paquebotes destinados a trasladarlos por mar hasta Guaymas, les forzó a permanecer durante varios meses.

Sin embargo, la orden real de extrañamiento de los jesuitas de todos los dominios del rey católico, recibida por el virrey Croix el 30 de mayo de 1767, obligó a la expedición de Sonora a desviar hombres y caudales para cumplir con este importante fin en el Noroeste del Virreinato (Nayarit, Sonora, Sinaloa, Baja California e incluso las lejanas Filipinas) (5). Uno de ellos fue Gaspar de Portolá, comisionado por Croix y Gálvez, para reunir y trasladar a los padres de las misiones bajocalifornianas hasta el puerto de San Blas, desde donde serían conducidos hasta México y Veracruz. Al mismo tiempo, y cumpliendo la orden real de nombrar gobernadores donde no hubiesen existido anteriormente, el capitán leridano fue investido con esta autoridad, sumándose

(5) Carta del virrey Croix al secretario Arriaga, México, 28 de septiembre 1770, AGN, Correspondencia de Virreyes, IIª Serie, vol. 13, fols. 542-545. Incluye un memorial de Portolá.

así a la larga lista de militares con responsabilidades administrativas y judiciales que se fue conformando a lo largo de la centuria ilustrada.

Portolá conoció su comisión en California durante el verano de 1767, si bien, tuvo que retrasar el viaje por la falta de barcos. El 9 de agosto, el coronel Domingo Elizondo, a cuyo regimiento pertenecía Portolá, escribió una interesante misiva al gobernador de Sonora, Juan de Pineda, en la que le dió a conocer una primera orden virreinal para que él personalmente viajara hasta Loreto: «Con las primeras que tuve para la citada expedición de California, me mandaba su excelencia pasase yo a esa provincia con alguna gente». En consecuencia, Elizondo se puso en marcha hacia San Blas para embarcarse en la balandra Sinaloa y en el barco de un minero californiano apellidado Mena el 6 de agosto, si bien, el deterioro de este último barco —tenía podrida la quilla— impidió el embarco de Elizondo, haciéndose a la vela sólo la balandra, «pero al segundo día de navegación, regresó por hacer mucha agua la embarcación y estar demasiado cargada, lo que obligó a desembarcar la gente» (6). En consecuencia, podemos afirmar que tanto Elizondo como Portolá recibieron la orden de pasar a California a principio de agosto, acompañados de 25 dragones y 25 fusileros de montaña, aunque la falta de barcos no sólo retrasó la llegada de Portolá, su nuevo gobernador, sino la de Elizondo, máximo responsable de la expedición de Sonora, quien finalmente nunca viajó hasta California.

Un expediente de Portolá, fechado el 30 de septiembre de 1770, nos informa que «Ha estado de gobernador de California, en la expulsión de los Jesuitas, desde octubre de 1767 y comandante en jefe de la expedición y conquista de los puertos de San Diego y Monterrey desde mayo de 1767 hasta su conclusión en septiembre de 1770» (7) Asimismo, sabemos que entre el 19 de

(6) Carta de José Echeveste al virrey Bucareli. México, 22 de febrero de 1772, en AGN, Provincias Internas, vol. 81. fols. 116-129r. El siguiente párrafo es muy interesante: "Como al propio tiempo que se formaba esta expedición ocurrió también la necesidad de verificar la expulsión de las regulares de la Compañías en las misiones de las porvincias de Sinaloa y Sonora, Nayarit y la California, despachar embarcación a Manila con pliegos a este fin y proveer a las mismas de ministros que subrogasen a aquellos, se hizo preciso que la Tesorería de Campaña acudiese a costear de su fondo en San Blas y Guaymas el apresto de embarcaciones, ranchos y demás para los transportes por no tener los comisionados en aquellos parajes otros caudales de que hacer estos gastos; y según lacuenta de don Francisco Hijosa, ascendió su total importancia a treinta y tres mil cuatrocientos diecisiete pesos, siete reales y nueve gramos" (fols. 118-118v).

(7) Carta de Domingo Elizondo a Juan de Pineda, Tepic, 9 de agosto de 1767, BNMX, AF, 33/710.3.

abril y el 23 de octubre de 1769, Juan Gutiérrez, ayudante mayor de Milicias de Querétaro, fue nombrado gobernador interino e intendente de Real Hacienda de la península de California, por lo que podemos pensar que Portolá se refería, en el citado expediente, al inicio formal de sus empleos, no a la fecha de sus nombramientos, sin duda, algo anterior.

El nombramiento de gobernador fue acompañado de mil pesos anuales de gratificación, otros ocho mil pesos antes de abandonar Nayarit para que hiciese frente a las primeras necesidades de su empleo y unas instrucciones en las que se le detallaba cómo debía de realizarse la extrañación de los padres de la Compañía, se le recomendaba armonía con los nuevos misioneros que los sustituyeran, y se le ordenaba el realizar una inspección al presidio de Loreto (8).

2. LOS PROBLEMAS DEL CAMINO

El nuevo gobernador tuvo graves dificultades para llegar hasta California, lo que demuestra el gran desconocimiento que se tenía acerca de esta ruta septentrional de la Mar del Sur. El segundo viaje fallido comenzó el 24 de agosto desde el puerto de Matanchel. Portolá se hizo a la mar en una balandra junto a dos franciscanos —fray Francisco Palou y fray Juan Ignacio Gastón—, un capellán —el bachiller Pedro Fernández— y varios dragones y migueletes con su alférez. Una lancha, que portaba el equipaje y otros cinco dragones, los acompañaba. La travesía fue muy difícil debido a los malos tiempos, que arreciaron la noche del 28 del citado mes en particular, por lo que todos se confesaron y se dispusieron para morir. Cuenta Palou, que en esos tristes momentos, el gobernador le pidió que hiciese una promesa a algún santo, tras lo cual, el mar se aplacó. Sin embargo, el cielo no se apiadó completamente del nuevo gobernador y la balandra tuvo que regresar a puerto (9). La que sí alcanzó las costas californianas —tras un breve viaje de once días— fue la lancha con los cinco dragones, los cuales desembarcaron en Puerto Escondido, cerca de Loreto.

Allí encontraron a un indio, a quien dijeron «que iba gobernador de la península y que lo acompañaban los religiosos misione-

(8) Memorial citado en nota 4.

(9) Desgraciadamente no he encontrado las citadas instrucciones.

ros del Colegio de San Fernando» (10). Al no aparecer el gobernador, siguieron costeando hacia el sur y anclaron en la bahía de la Paz. Como los alimentos escaseaban, los soldados fueron al real de minas de Santa Ana y, tras proveerse, se embarcaron y dirigieron a Matanchel, dado que el gobernador no aparecía por ninguna parte (11). El segundo intento de viajar a California se realizó a principios de octubre. Nuevamente, el convoy estuvo formado por una balandrita y una lancha, esta última propiedad del minero californiano Manuel de Ocio, en la cual se embarcaron los franciscanos de la provincia de Jalisco, quienes relevaron temporalmente a los fernandinos en las misiones californianas (12) Portolá, acompañado del capellán Pedro Fernández y cincuenta dragones, se hizo a la mar en la balandrita, logrando alcanzar el sur de la península el día 2 de diciembre tras cuarenta días de navegación, por lo que decidieron desembarcar en San José del Cabo y no seguir hasta Loreto, como era su intención. La lancha, con los franciscanos y otros soldados, sufrió más dilaciones, pues no llegaron a la península hasta semanas más tarde.

El viaje hasta Loreto tuvo que hacerlo el gobernador por tierra: «de modo que tuvo —señala con ironía el jesuita Baegert— mucho más oportunidad de lo que le convenía de convencerse en persona al entrar en esta Tierra de Promisión, que clase de país tan llano, sombreado, abundante en aguas, verde, fértil, poblado, y, por consiguiente, tan hermoso y noble era su Reino de California» (13). Poco después de desembarcar en San José del Cabo, antiguo establecimiento misional ahora convertido en

(10) Fray Francisco PALOU: "Noticias de la Nueva California" AGN, Historia, vol. 22. fols. 17v-18r. Los argonautas se encomendaron a la Santa Cruz de Tepic y "luego que llegaron al hospicio —escribe Palou— cantaron la misa, a la que asistieron el señor gobernador con muchos oficiales de la tropa y todos los soldados que se habían embarcado".

(11) *Ibid.*, fol. 18v.

(12) El jesuita Baegert da una versión distinta de lo acaecido a estos soldados "En cambio, su avanzada, que hizo el viaje en una chalupa, tuvo la suerte de poder tomar tierra a fines de septiembre a tres horas de distancia de Loreto. Algunos viajeros, que pasaron casualmente por el lugar, descubrieron a esta gente y los reconocieron como extraños, a causa de sus uniformes. Pero no les fue posible, hacerlos hablar acerca de sus intenciones, de donde venían y por qué motivo habían llegado, porque ninguno de los hombres quiso soltar la lengua; al contrario, inmediatamente volvieron a hacerse a la mar, navegando hacia el sur hasta cerca de La Paz", Juan Jacobo BAEGERT: *Noticias de península americana de California*. Antigua Librería de Robledo (México, 1942) pág. 216.

(13) Sobre la pugna franciscana por ocupar las misiones californianas, véase Lino GÓMEZ CANEDO: *Un lustro de administración franciscana en Baja California (1768-1773)*. Dirección de Cultura del Gobierno de Baja California Sur, La Paz, 1983, págs. 22 y ss.

pueblo de visita de la cercana misión de Santiago, fue recibido por el misionero de esta última, el jesuita Ignacio Tirsh, quien lo condujo a su humilde hogar (14). Portolá y sus soldados comprendieron con rapidez que nada tenían que temer de los jesuitas y de los indios, y que el rico país que se imaginaba desde el continente, era una pobre y desolada península. Para ratificarlos en esta ajustada idea, la casualidad quiso que se encontrase en el sur de California el capitán Fernando Rivera y Moncada, con quien conferenció Portolá y le pidió ayuda para trasladarse a Loreto (15). Según narra el padre Ducrue, el gobernador contó, antes de partir de Santiago, al padre Tirsh el principal fin de su llegada a California, escribiendo este último, sin tardanza, a su superior y al resto de sus hermanos la fatal nueva (16). De este modo, los jesuitas conocieron su expulsión de California, si bien, otros documentos nos dan pie para pensar en un conocimiento más temprano.

En su camino hacia Loreto, sede del gobierno, Portolá visitó el real de Santa Ana y la misión de la Pasión: durante el resto de la excursión no encontró otro cobijo para descansar. Las jornadas eran más largas de lo habitual y los matorrales y espinas del camino destruyeron las vestiduras de los dragones, quienes llegaron a Loreto exhaustos y harapientos. «Ellos pensaban —escribe el padre Baegert— que California estaba empedrada con plata y que allá se juntaban las perlas con la escoba. No resultó de mucha duración ese gozo. Muy pronto empezaron a echar pestes contra el país... (17). La realidad californiana se imponía sin remedio, a la par que moría uno de los últimos mitos coloniales.

3. PORTOLÁ EN LA «TIERRA DE PROMISIÓN»

El gobernador arribó a Loreto el 17 de diciembre de 1767, poniendo en ejecución rápidamente las medidas que le fueron

(14) BAEGERT, [12] pág. 216.

(15) Ernest J. BURRUS, (ed.): *Ducrue's Account for the Expulsion of the Jesuits from Lower California (1767-1769)* Jesuit Historical Institute, Roma-St. Louis, 1967, pág. 42.

(16) “Hallábase al mismo tiempo en el sur —escribe el padre Barco—, por casualidad, el capitán de la California, don Fernando Rivera y Moncada, y llamado del gobernador Portolá, llegó a San José, con quien tuvo el gobenador largas y secretas conferencias: y aunque a punto fijo no se supo lo que trataron, mas por las circunstancias y por los efectos, se conoció bien presto lo que fue”. Miguel del Barco: *Historia Natural y Crónica de la Antigua California* Ed. de Miguel León-Portilla, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1988, pág. 362.

(17) BURRUS [15] pág. 44.

listadas en la instrucción virreinal, comenzando con la orden más importante: la expulsión de los jesuitas. Tanto éste, como otros actos de su gobierno, los conocemos gracias a la correspondencia que mantuvo con el virrey Croix, la cual se termina —significativamente— con la llegada de José de Gálvez a la península bajocaliforniana. A continuación, estudiaré con algún detalle los principales problemas que tuvo que abordar el gobernador, como el abastecimiento de alimentos, la administración de las misiones y el futuro de los soldados de cuera.

3.1. *La expulsión de los jesuitas*

A su llegada a Loreto, capital de California y primera misión levantada por los padres de la Compañía de Jesús en la península, Portolá fue recibido por el jesuita aragonés Lucas Ventura, quien ejercía de tesorero de las misiones, alojándose a continuación en las habitaciones pertenecientes a los padres, las cuales fueron, en adelante, la primera residencia del gobernador californiano. Al día siguiente, envió una carta al padre superior, Benno Ducrue, residente en la misión de Santa María de Guadalupe, «diciéndole tenía que entregarle una de vuesa excelencia [Croix] personalmente y al mismo tiempo órdenes importantes de vuesa excelencia del real servicio» (18). El padre Ducrue llegó a Loreto la víspera de Navidad, tras haber atendido las más urgentes necesidades de su misión y escribir al resto de sus compañeros. Allí lo recibió Portolá, entregándole al día siguiente una carta del virrey en la que le informaba de la llegada del nuevo gobernador y le pedía su colaboración para que tanto sus compañeros como los indios lo acogiesen sin dificultades.

Tan sólo el 26 de diciembre, en presencia de los padres Ventura, Ducrue y Javier Franco, del hermano lego Juan Villavieja, y de tres funcionarios reales (un alférez, un sargento y el secretario del gobernador), Portolá leyó el decreto de extrañamiento de los jesuitas de todos los reinos de Su Majestad (19). Inmediatamente después, los referidos padres fueron puestos bajo custodia en una dependencia y el padre superior escribió al resto de los misioneros, «en términos y según voluntad del gobernador», para que se presentasen en la misión cabecera el 25 de enero. Ducrue

(18) BAEGERT, [12] pág. 217.

(19) Carta de Gaspar de Portolá al virrey Croix, Loreto, 28 de diciembre de 1767, en AGN, Californias, vol. 76, fols. 16-20v: 19r.

les comunicó la necesidad de mantener la paz y la calma entre sus neófitos, que varios oficiales del presidio saldrían de inmediato para realizar los inventarios de todas las misiones y que, cumplida esta tarea, se pondrían en marcha hasta Loreto con sólo un baúl o petaca conteniendo ropa de vestir y tres libros: uno espiritual, otro de moral y el tercero histórico (20).

Otra medida madrugadora de Portolá fue la de hacerse con todas las llaves de dependencias jesuísticas, quedándose únicamente con las del Oficio, tras ser informado por el padre Ventura de la existencia en él de un poco de plata. «Las demás —escribe Portolá— ha sido preciso devolverlas, así por lo que se ofrece cada instante en la tienda, como en las raciones diarias que es preciso sacar del almacén, bien que con la guardia correspondiente a la puerta con orden de que nada se saque sin mi aviso» (21). Esta medida, que nos muestra la necesidad de colaboración del nuevo gobernador con los padres jesuitas, dado el peculiar sistema desarrollado por la Compañía en Baja California, fue ampliada con el levantamiento del enclaustramiento de los padres, quienes gozaron de libertad de movimiento dentro de Loreto hasta su partida, a pesar de las terminantes órdenes del real decreto de expulsión (22). Asimismo, Portolá no respetó la orden que prohibía a los jesuitas decir misa o participar en otras ceremonias religiosas, lo que nos indica que hubo desde el primer momento una buena convivencia entre el capitán catalán y los expulsos.

Una de las infamias sobre las misiones californianas que Portolá pudo desmentir con mayor rapidez fue la de la existencia de grandes riquezas. El tesoro de California ascendía a 7.000 pesos aproximadamente en oro y plata, procedente en parte de Loreto y en parte del resto de las misiones. Otra cantidad que Portolá encontró depositada en el presidio, unos 60.000 pesos, correspondía a la paga de los soldados, pero no en moneda corriente, sino en forma de ropas y otros bienes y utensilios que los jesuitas daban a los soldados a cambio de sus correspondientes sueldos. En esta cuenta no se incluyó la carne y la harina, pues su cantidad era insignificante en el almacén de Loreto a la llegada del gobernador. Esas fueron —señala el padre Ducrue— las vastas riquezas prometidas al Rey, las cuales se estimaban en más de

(20) BURRUS [15].

(21) BARCO [16] pág. 364.

(22) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 28 de diciembre de 1767, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 16-20v: 20r.

cuatro millones de pesos (23). Sin embargo, hay que recordar que las iglesias de las misiones contaban con un buen número de objetos religiosos de gran valor, procedentes de las devociones de los fieles y del interés de los padres por decorar y enaltecer sus templos. Todas ellas fueron listadas detalladamente, así como en otra parte se enumeraron las propiedades rústicas pertenecientes a cada una de las misiones (24).

Las cuentas del presidio fueron realizadas por el padre Ventura en presencia del superior, lo que impidió que éste regresara a su misión para disponer la marcha definitiva. Los 7.000 pesos encontrados en todas las misiones, amén de los objetos de culto y de decoración ya citados, procedían del Fondo Piadoso de las misiones, de donaciones y promesas, y de las ganancias que los padres obtenían tanto de la venta de carne, harina, caballos y otros productos a los soldados y mineros, como del anual intercambio que se desarrolló con el galeón de Manila. Dichas ganancias eran destinadas tanto al esplendor de las iglesias, como a la adquisición de ropas y alimentos para los indios.

El 3 de febrero de 1768, Portolá envió una lista provisional de las riquezas encontradas hasta la fecha. El valor de los bienes de Loreto, incluidos 4.323 pesos 2 reales en oro y plata, ascendía a 76.378 pesos 7 reales, «en efectos arreglados sus precios al valor que les dan en este país». No fueron incluidas las alhajas de la iglesia, que estaba surtida «como la mejor catedral», y de la casa, las dos embarcaciones surtas en el puerto y los utensilios del arsenal. En cuanto al resto de las misiones bajocalifornianas, el capitán leridano comunicó que le habían sido remitidos 400 marcos de plata y que Blas Somera, teniente de la Compañía de California, le había avisado que tenía en su poder 4.000 pesos de las dos misiones del sur (25).

Aunque todos los jesuitas debían estar en Loreto el 25 de enero de 1768, una epidemia desatada en la misión de San Francisco de Borja fue la causa de que los últimos padres llegasen al presidio el 2 de febrero, «siendo recibidos cortésmente por el señor Portolá a la usanza española, con besamanos y abrazo» (26). Finalmente, el 3 de febrero, a las nueve de la noche,

(23) El padre Ducrue señala que las causas para no mantener el encierro de los padres fueron la tardanza de los misioneros sucesores en llegar a California y el prevenir el descontento popular. Baegert [12] pág. 60.

(24) BURRUS [15] pág. 60.

(25) Esta interesante documentación está perdida.

(26) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 3 de febrero de 1768, en AGN, Californias, 72, fols. 21-26v: 26-26v.

fueron embarcados en *La Concepción* tras el último abrazo amistoso de don Gaspar. Cuenta el padre Baegert que, «a pesar de que la salida debía haberse llevado a cabo sigiladamente, todos los habitantes de Loreto de ambos sexos estuvieron reunidos en la playa para darnos la despedida, llorando todos, californios y españoles» (27). Los padres, que viajaron escoltados por el alférez Jose Lasso y seis dragones, llegaron a Matanchel el 8 de febrero tras una buena travesía. Portolá escribió al virrey Croix el mismo día de la partida de los jesuitas que todas las diligencias se habían practicado con la mayor tranquilidad del país (28).

La actitud de Portolá hacia los jesuitas fue más que benevolente y respetuosa. Como ya vimos, no cumplió con varias medidas del decreto de extrañamiento, como la encarcelación y la prohibición de participar en ceremonias religiosas. Asimismo, los surtió abundantemente para el viaje y, según las crónicas ignacianas, lloró al verlos partir. Puede pensarse en una prudente medida del nuevo gobernador para evitar tumultos y desórdenes en las lejanas misiones, pero todo apunta en una sincera actitud de Portolá tras comprobar las numerosas infamias que circulaban sobre la obra misional jesuita. El implacable padre Baegert, confesó en sus *Noticias de California*: «Me obliga la gratitud a hacer constar aquí, por el buen nombre del mencionado gobernador Don Gaspar Portolá, que tanto él como todos los españoles, oficiales y particulares, en tierra y en mar, trataron a los jesuitas, bajo las circunstancias dadas, con todo respeto, honra, cortesía y amabilidad, que nadie nos dió motivo de enojo y que él siempre afirmó solemnemente que grande pena le causaba el haber sido el portador de tal comisión (29). El respeto y estimación hacia los misioneros también fue ejercido por el gobernador con los franciscanos, quien repetidamente mostraron su agradecimiento al capitán leridano (30).

(27) BAEGERT [12] pág. 219.

(28) BAEGERT [12] pág. 221. Véase asimismo, BURRUS [15] 66-71. Antes de partir de Loreto, los padres George Retz y Lambert Hostell dijeron misa, en las que hablaron, respectivamente, Benno Ducrue y Juan Díez.

(29) BAEGERT [12] pág. 217. Portolá tendría un último encuentro con los jesuitas cuando el barco "El Príncipe", que conducía cincuenta padres de las misiones de Sonora y Sinaloa, tuvo que anclar en Puerto Escondido por falta de agua. Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 9 de julio de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 50-53v.

(30) Recuerdese, por ejemplo las opiniones favorables del padre Crespi durante la Santa Expedición.

3.2. *El suministro de bastimentos*

Tras la extrañación de los jesuitas, Gaspar de Portolá se convirtió en la primera autoridad no religiosa de la península bajocaliforniana. Uno de los principales asuntos que tuvo que abordar fue el abastecimiento de grano y otros productos, pero para cumplir con ésta y otras tareas tuvo varios obstáculos que es necesario recordar con el fin de evaluar con justicia los trabajos del primer gobernador. En primer lugar, Portolá tuvo que descubrir literalmente los límites y características de su gobernación. En torno a California sólo existían vaguedades e infundios que la realidad le desmintió desde su desembarco en San José del Cabo. En segundo lugar, el gobernador tuvo que improvisar numerosas medidas, ya que, amén de no contar con ningún precedente, el virrey le otorgó unas instrucciones parciales que no abarcaban los numerosos aspectos de la vida de una comunidad tan peculiar como la bajocaliforniana. Por último, Portolá era militar de carrera, capaz de cumplir órdenes de sus superiores—como la expulsión de los jesuitas—, pero disminuido para realizar la labor titánica de poner a la California bajo la meticulosa y paternalista soberanía racional de los Borbones. Y por si fuera poco, el gobernador fue enviado sin la ayuda de otros oficiales reales o letrados que le ayudasen en su penosa tarea.

Poco después de llegar a Loreto, y tras comprobar la falta de bastimentos que había en el almacén, Portolá ordenó que fuesen traídas de las misiones cercanas carne y harina. El almacén estaba «cuasi expirando» a excepción de lencería, por lo que el gobernador comunicó al Virrey que en dos meses se carecería de muchas cosas necesarias para la tropa y los vecinos (31). Lo más alarmante era la falta de granos, pues los jesuitas, que hacían venir mil fanegas anualmente de la contracosta, no habían logrado dicho socorro aquel año por falta del pago del situado desde hacía dos años, aunque Portolá lo atribuye a «ser sabedores días hace de lo que les había de suceder y sólo han tirado a pasar el día» (32). No dudó, por tanto, el capitán catalán de solicitar a Croix que se siguiese con la misma práctica, esto es, que fuesen enviados desde Sonora quinientas fanegas de maíz, pues de lo contrario se vería «en alguna aflicción». Debido a los numerosos viajes de las embarcaciones y la llegada de varios

(31) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 28 de diciembre de 1767, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 16-20v: 18v.

(32) *Ibid.*, fol. 19r.

grupos de frailes y soldados, la necesidad de grano se hizo apremiante, lo que quedó recogido en las misivas del nuestro gobernador. EL 3 de febrero de 1768, Portolá escribió a Croix que se encontraba «cada día más estrecho» y le suplicaba que no olvidase el ordenar que 500 fanegas de maíz fueran conducidas desde la contracosta (33). Quince días después, confesó que se encontraba «con la mayor aflicción» por la falta de granos y que, si éstos no llegaban pronto, «no sé como irá esta miserable península» (34).

Aún tendrían que pasar varias semanas para que el primer maíz fuese desembarcado en Loreto. El 9 de abril, trescientas fanegas llegaron al citado puerto a bordo de «La Concepción» procedentes de San Blas. Para entonces, Portolá ya era consciente de que el auxilio del maíz sonoreense era vital para la alimentación bajocaliforniana, como lo había sido durante todo el período jesuita. Por ello, recomendó el virrey que se tuviesen mil fanegas todos los años para el mes de octubre, las cuales él recogería en noviembre (35). Mientras tanto, el gobernador catalán no desaprovechó ningún viaje de soldados o frailes a la contracosta en la canoa del presidio, para que al regreso no fuese cargada de trigo. Los dos primeros viajes (con ocasión del envío a Sonora de la compañía de fusileros de Montaña y de los franciscanos de la provincia de Jalisco) se realizaron durante los meses de abril a junio de 1768 y constituyeron un éxito, contribuyendo con sus cargamentos a disminuir la preocupación de Portolá, quien había escrito al gobernador sonoreense Juan de Pineda sobre el futuro abastecimiento:

Tengo representado a su excelencia que si no se hallan prontas lo menos mil fanegas de grano en los ríos del Yaqui y Mayo para el mes de octubre todos los años, para que pueda enviar con las embarcaciones de Californias por ello, que éste era el modo con que se gobernaban los jesuitas, pereciera esta infeliz península y, haciéndome el cargo que esas provincias están bajo el mando de vuesa señoría, desearía que con anticipación tomara vuesa señoría alguna providencia, no dudando que el Virrey escribirá a vuesa señoría a este fin y, en caso que

(33) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 3 de febrero de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 21-26v: 26v.

(34) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 18 de febrero de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 32-35v: 35v.

(35) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 22 de marzo de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 37-39r: 37r.

llegase ahí alguna embarcación de Californias con la expedición u otro motivo, me remita vuesa señoría quinientas fanegas que he pedido a su excelencia, pues yo en el día no tengo embarcación en que buscarlo y estoy seguro de que le dará a vuesa señoría infinitas gracias y hará vuesa señoría un gran servicio a ambas Majestades (36).

El almacén de Loreto —y, por extensión, su buen funcionamiento— era de vital importancia para la península, pues los padres de la Compañía obligaban a los soldados californianos a cobrar sus sueldos en géneros, situación que debía mantenerse hasta la llegada del visitador Gálvez a la península. Por ello, tanto este último como el virrey recibieron una lista detallada «de lo que más falta hace en el día para toda esta península». En ella se incluyeron varios tipos de telas, mantas y vestidos, aceite, chocolates, azúcar, panocha, tabaco, papel, sillas vaqueras, hachas, azadones, belduques, etc. así como diversos tipos de ungüentos, aceites, hierbas y píldoras para la botica, que era gratuita para todos los californianos (37). Portolá comunicó al virrey, en carta fechada el 22 de marzo de 1768, que si ésta no viniese para el mes de junio, que es el tiempo más a propósito para navegar hasta California, «carecerá esta península de lo más preciso y le será muy sensible por no estar acostumbrado a ello» (38). Pero no era ésta la única falta que le preocupaba al gobernador, ya que, privado de uno o varios oficiales reales que se ocupasen de los caudales y de administrar el almacén tenía que desempeñar cuantos oficios existían «así por lo alto, como por lo bajo» (39).

3.3. *Los comisionados y los frailes*

Otro de los problemas que tuvo que resolver Portolá fue la administración de las antiguas misiones jesuitas, ya que, la tardanza de los franciscanos que debían hacerse cargo de las mis-

(36) Carta de Portolá a Juan de Pineda, Loreto, 22 de marzo de 1768, en BNMx, A.F. 4/71.1.

(37) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 22 de marzo de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 37-39r. Se incluye una "Memoria de la memoria que necesita precisamente el almacén del Loreto y de lo que más falta hace en el día para toda esta península" (fols. 38r-38v) y la "Botica, que ésta va de limosna para todo individuo del lugar" (39r).

(38) *Ibid.*, fol. 37r.

(39) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 18 de febrero de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 33-35v: 33v.

mas, le obligaron a nombrar a varios comisionados —principalmente soldados que ya trabajaban en las mismas— para que se encargasen de elaborar los inventarios de todos los establecimientos misionales y cuidasen de sus indios, dándoles los alimentos que acostumbraban los jesuitas «sin alterar el método de su gobierno». Este trabajo lo debían realizar mientras no llegasen los franciscanos, los cuales —según Portolá— hacían mucha falta tanto en lo espiritual como «para el gobierno de las misiones» (40). Esta postura, que el gobernador comunicó al virrey en carta del 28 de diciembre de 1768, cambió poco después, ya que en otra misiva del 3 de febrero —y tras conocer la llegada de los franciscanos de la provincia de Jalisco— comunicó a Croix que deseaba saber en qué términos debía entregarles las misiones, ya que no tenía ninguna instrucción en asunto eclesiástico. En la misma, el gobernador agregó que, mientras tanto, ordenaría que «cada uno vaya a su respectiva y que cuide de ella», pero no que la administrase (41). La respuesta del virrey Croix fue terminante: los misioneros debían recibir lo sagrado y lo espiritual, pero no lo correspondiente a temporalidades (42), lo cual fue celebrado por Portolá: «En mi antecedente avisé a vuesa excelencia que había puesto en las misiones administradores, que son soldados de la Compañía, los mismos que tenían las misiones de escolta, que son muy legales y a propósito para el intento, y celebro en este punto haber acertado con lo mismo que vuesa excelencia me previene, que es cuanto puedo responder a vuesa excelencia en la una» (43). Sin embargo, el tiempo se encargaría de demostrar lo ineficaz y destructiva que fue esta medida, por lo que el Visitador volvió a confiar las temporalidades de las misiones a los franciscanos al año siguiente mediante real decreto fechado el 12 de agosto de 1768. Cuenta el padre Palou que «mucho irritaron a Su Ilustrísima por su mala conducta, cuya noticia tuvo de los soldados que iban y venían de correos, que, como no tenían comisión de misiones, no callaban lo que veían en los demás» (44).

(40) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 28 de diciembre de 1767, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 16-20v: 19v.

(41) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 3 de febrero de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 21-26v: 24v.

(42) Minuta del virrey Croix a Portolá, México, 5 de marzo de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 27r-27v.

(43) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 9 de abril de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 41-42r: 41v-42r.

(44) Francisco PALOU: "Noticias de la Antigua y Nueva California" en AGN, Historia, vol. 22, fol. 34r.

Otro de los problemas misionales que acaparó la atención de Gaspar de Portolá fue la sustitución de los primeros franciscanos llegados a la península, procedentes de la provincia de Jalisco, por los pertenecientes al Colegio de Propaganda Fide de San Fernando (Ciudad de México). Los primeros destinados a ocupar las misiones jesuitas de Sonora, lograron con ciertas artimañas cambiar su primer destino por el californiano, si bien, los fernandinos recurrieron al virrey y lograron que los confirmara en su deseo de misionar en la península bajocaliforniana. Ello no impidió, sin embargo, que los jaliscienses llegasen a los dominios de Portolá y que, tras el reparto y llegada a sus respectivas misiones, tuviesen que ser de nuevo llamados y embarcados hacia Sonora. Los cinco más cercanos a Loreto abandonaron la península en el paquebote «La Concepción» y los restantes en una lancha.

Finalmente, los fernandinos, encabezados por fray Junípero Serra, llegaron el 1 de abril de 1768. Dos semanas más tarde, el gobernador leridano escribió a Croix: «Confío serán éstos ya los últimos, pues a la verdad me ha incomodado bastante tanta entrada y salida de frailes» (45).

3.4. *La revista de la Compañía de California*

No es extraño que el tema militar acaparase la atención del nuevo gobernador y que a él le dedicase gran parte de su correspondencia. En las instrucciones que llevaba Portolá, se le ordenaba que realizase una inspección de la Compañía de California y que, una vez extrañados los jesuitas, invitase a sus miembros —unos sesenta hombres— a adherirse a su piquete. Sin embargo, nuevamente se impuso la realidad californiana y el capitán catalán no pudo llevar a cabo el encargo virreinal, sino que, por el contrario, tuvo que esperar la llegada del visitador Gálvez para reformar el peculiar sistema militar californiano. Si bien la adaptación al medio de estos últimos era tan eficaz y acertada, que los nuevos contingentes continentales y europeos tuvieron que copiarlos para poder sobrevivir en la Baja California.

Ya durante la marcha entre San José del Cabo y Loreto, la tropa de Portolá había sufrido las dificultades del camino, pues desde la salida del real de Santa Ana no encontraron «ni rancho ni casa, ni aún el menor abrigo» por espacio de nueve jornadas.

(45) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 27 de abril de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 46-47r: 46r.

Además, tanto Portolá como sus hombres llegaron con todas sus ropas destrozadas «por ser los árboles de este país sumamente espinosos y atravesar los mismos caminos». En consecuencia, Portolá recomendó al virrey que se mantuviese tanto la paga como el «modo que tenía de guarnecer las misiones dicha compañía». El soldado californiano debía protegerse con las famosas «cueras» y, para ralizar su servicio con eficiencia, «más ha de tener de vaquero que de soldado» (46).

Hasta la extrañación de la Compañía de Jesús, el Rey mantenía en la península sesenta hombres, treinta en el norte y treinta en el sur, los cuales cobraban 300 pesos de situado, si bien, los jesuitas los aumentaron el sueldo (150 a los del norte y 112 a los del sur) a cambio de que la paga se realizase en géneros del almacén, que tenían un precio muy elevado (47) Portolá, en consecuencia, recomendó al virrey que siguiese pagando los 300 pesos a cambio de rebajar los precios del almacén, con lo cual todos los soldados quedarían contentos e igualmente se les iría la paga entre comida y productos, pues todos ellos, desde el primer día de su entrada al servicio, debían costearse tanto el vestuario como el armamento y la montura. Los soldados del norte debían mantener cuatro caballadas (un caballo y tres mulas) y los del sur tres, si bien, casi todos tenían alguna de más debido a las largas distancias entre unas y otras misiones, así como por la falta de agua y pastos.

Por cuyo motivo —añadió Portolá— hallo irremediable siga el soldado con el mismo número de caballerías para que pueda hacer el servicio sin que halle otro recurso. Yo bien veo, señor, es un costo grande el que le tiene al Rey y, aunque estaba discurriendo si dándoles las caballerías se les podría bajar el sueldo, no tan sólo no lo hallo conveniente, pues le saldría más caro y llegaría el caso no podría hacer el servicio el soldado, pues, no siendo de su cuenta, habría poco cuidado, abandono y tal vez picardía en venderlas o dar la disculpa: se han perdido; que ésto sucede muy a menudo y con mucha facilidad por lo

(46) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 28 de diciembre de 1767, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 16-20r: 17r.

(47) “La libra de seda de China, 24 pesos; la Bretaña ancha, 12 pesos; la angosta, 8 pesos; la resma de papel, 17 pesos; la vara de paño de segunda de Castilla, 8 pesos, y algunos otros que cuando vengan a entregarse del almacén, que naturalmente será hombre inteligente, daré cuenta a vuesa excelencia”. Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto 22 de marzo de 1768, en AGN, Californias, vol. 72., fols. 37r-37v: 37v.

muy intrincado de los bosques y con unos espinales que apenas se pueden penetrar (48)».

El virrey ordenó a Portolá que esperase al visitador, quien daría las medidas oportunas sobre el sueldo y número de los soldados, así como en lo tocante al almacén. En consecuencia, el gobernador suspendió su visita de inspección, lo que llenó de incertidumbre a todos los presidiales californianos, quienes les comunicaron sus inquietudes. La Compañía estaba mandada por un capitán y un teniente, que cobraban 620 y 450 pesos respectivamente, con la diferencia de que el primero no estaba obligado a cobrar un sueldo en géneros. Al tiempo de llegar Portolá, Rivera y Moncada ejercía de capitán y Blas Somera de teniente

Otros empleados en el servicio real se concentraban en el astillero de Loreto. Su número y clase eran las siguientes: dos contraмаestres, dos guardianes, un calafate, dos carpinteros, dos herreros, tres prácticos, quince marineros y dos cocineros. Sus respectivos sueldos y raciones ascendían a 6.753 pesos 1/2 real, que, unido a los 26.930 pesos correspondientes a los sueldos de los soldados (un capitán, un teniente y sesena soldados), daba un total de 33.683 pesos 1/2 real. Al grupo del astillero que encontró el gobernador, se le sumaron, por disposición suya, diez marineros y dos cocineros con el fin de que fuesen añadidos a la tripulación del barco «La Concepción», sumándosele a lo anterior otros 1.727 pesos 2 reales (49).

Detenida la inspección hasta que llegase Gálvez, Portolá se dedicó a atender la llegada, acomodo y salida de varios grupos de soldados. El alférez José Lasso y otros seis dragones viajaron a México en compañía de los padres jesuitas. Posiblemente fuesen escogidos de los que Portolá señalaba como «inútiles para tanta fatiga y trabajo» como debían sufrir en California (50). Otro importante grupo de fusileros de Montaña, destinados por el virrey para apoyar a Portolá llegaron a la bahía de Cerralbo a principios de febrero de 1768. El gobernador les negó en un principio la posibilidad de desembarcar y llegar por tierra hasta Loreto, ya

(48) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 28 de diciembre de 1767, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 16-20v: 17r.

(49) Véase, el "Estado que manifiesta los individuos empleados en servicio del Rey y sus gozes anuales en Californias en géneros a excepción del capitán" en Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 3 de febrero de 1768, en AGN, California, vol. 72, fols. 21-26v: 22r-23v.

(50) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 3 de febrero de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 29r-29v.

que no podía reunir la cantidad suficiente de caballería para que no sucumbieran, pero, tras una nueva arribada a la playa de Santa Ana, Portolá tuvo que ceder y con grandes esfuerzos los fusileros llegaron al presidio aumentando el número de bocas. De esta forma se agravó la falta de granos y otros víveres, a la vez que su utilidad para el servicio de California era casi nulo por la falta de caballería. Tanto se agravó la situación, que el gobernador, a pesar de las órdenes del virrey de que permanecieran en la península hasta la llegada del visitador, ordenó su marcha a Sonora, pues, como le confesaba a Juan de Pineda, gobernador de esta última provincia, «es imposible en ningún tiempo se puedan mantener y de lo contrario todo el mundo perezca». Esta medida le acarreó no pocos problemas, pues el teniente de la Compañía, Gaspar Jiménez, se negó a unirse a la expedición de Sonora, afirmando que sólo iría a México. Finalmente, los fusileros abandonaron Loreto a finales de marzo en la canoa del presidio, lo cual llenó de satisfacción a don Gaspar, que se vió libre de tan inútiles huéspedes (51). Por último, el 23 de julio de 1768, el visitador ordenó a Portolá que enviase a sus hombres —un destacamento de dragones— a Sonora en el barco «La Lauretana» y que a su regreso se trajese un piquete de infantería para que se uniesen a la expedición de la Alta California (52).

4. LA CALIFORNIA DE PORTOLÁ

El gobernador pasó la mayor parte de su tiempo en el presidio de Loreto, ya que los numerosos asuntos que debía atender no le permitieron visitar otras comarcas sujetas a su mando. Sin embargo, durante la penosa marcha desde San José del Cabo hasta el citado presidio, pudo conocer al menos dos misiones, Santiago de los Coras y La Pasión, así como el real de minas de Santa Ana. Además, contaba con la experiencia y los conocimientos del capitán Rivera y Moncada sobre el resto de las misiones y los informes que la propia gobernatura iba irremediabilmente generando. Por ello, es interesante conocer la opinión de este primer militar ilustrado sobre la realidad californiana, mezcla de sus

(51) Carta de Portolá a Juan de Pineda, Loreto, 22 de marzo de 1768, en BNMx, A.F. 4/71.1.

(52) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 24 de agosto de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fol. 56r.

propias experiencias y de las ideas preconcebidas que las autoridades borbónicas tenían con respecto al Noroeste novohispano. Que esperaba encontrar algo distinto de lo que vió, no cabe la menor duda: «Es cierto señor —escribió a Croix en la primera carta desde Loreto— me hubiera causado admiración a no ser testigo de vista en lo que he experimentado en mi marcha (53)». Además, ordenó al alférez Lasso, elegido para custodiar a los jesuitas hasta San Blas, que siguiese hasta México para informar al virrey de cuanto le escribía «como testigo de vista» y satisfacerle en cuantas preguntas le hiciese. Peculiar viaje que refleja como pocas otras anécdotas, lo mucho que había que desmentir acerca de la California jesuita.

Tres fueron los asuntos que más le interesaron: los indígenas, las minas y la pesquería de perlas. En cuanto al primero, son reveladoras sus palabras:

Señor, sin duda, los naturales, de este país son docilísimos, en dándoles de comer se hará lo que quiera de ellos y se conquistará, con muchísima facilidad, muchísima gentilidad, y se juntará un sin fin tan grande de indios (que) se alimentan en el día en el monte lo mismo y aún peor que los irracionales y, aunque en el día los hallo flojos en el trabajo, tal vez es por falta de alimento y el ningún comercio y trato que han tenido y, si una vez se les señalase tierras (como lo desean) y logran otras comodidades, puede este interés moverlos a ser laboriosos y descubrir con el tiempo algunos minerales que hasta ahora ignoran y, aún por falta de útiles, no han podido practicarlo, bien que conozco que a los principios a de costar mucho al Rey, así por el consumo excesivo de grano que ha de haber, como también para establecer lugares la falta de madera, que es preciso venga de Matanchel, pues, aunque hay en la sierra de Santiago alguna, hay grandes dificultades para sacarla... (54).

Como se desprende de este párrafo —enviado al virrey el 9 de abril— Portolá participó de la visión ilustrada de recuperación y fomento del Noroeste en base a la riqueza minera de la zona y del optimismo sobre la futura participación de los indígenas en el sistema español, aunque no dejó de expresar el alto precio,

(53) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 24 de diciembre de 1767, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 16-20: 16v.

(54) Carta de Portolá al virrey Croix, Loreto, 9 de abril de 1768, en AGN, Californias, vol. 72, fols. 43-44v: 43r-43v.

que costaría esta empresa, la cual debería ser realizada por un ministro «activo y lleno de celo» para arreglar tantos y variados asuntos como se presentarán en «un país donde no hay luces, donde es desconocida la obediencia y subordinación y donde escasamente subsiste la racionalidad» (55) referencia clara del gobernador a la próxima visita de José de Gálvez.

Las misiones que, según Portolá, podían convertirse en pueblos eran Loreto, Mulegé, San José Comondú, San Ignacio. Todos los Santos, Santiago, San José del Cabo y la Purísima, si bien, estas últimas cuatro necesitaban pobladores por la falta de gente que padecían, lo que, sin duda, anuncia la medida tomada por el visitador meses más tarde de trasladar californios de unas a otras.

Otro aspecto de que informó a Croix fue la minería:

En cuanto a las minas, no se más hasta ahora que las descubiertas en el sur y, aunque éstas en el día son de cortos metales, no me hace fuerza sean pobres en atención a que los mineros están cortos de caudales y las más veces les falta el bastimento. Minas dicen las hay ricas, como es en las cercanías de Santiago, en el norte, hacia San Ignacio, en Mulegé y también hacia Santa Gertrudias y San Borja; y para esto me parecía conveniente haber despachado primero algún inteligente y que hubiera hecho algunas pruebas, pues aunque en este país tienen fama, nadie ha llegado a descubrirlas, bien que es verdad ha sido dificultoso, si no tiene hechas prevención de víveres y, al mismo tiempo, muchísimas mulas, que todo es preciso venga de la otra banda; por lo que hago presente a vuestra excelencia que, para tomar alguna idea de ésta, es preciso dar las órdenes convenientes al gobierno de Sinaloa...» (56).

Y sobre las perlas, Portolá escribió que las hay de buen oriente pero que, la falta de respetar el crecimiento de las mismas, impedía que se encontrasen en abundancia y que sólo se extrajese la cría (57).

(55) *Ibid.*, fol. 43v.

(56) *Ibidem.*, fols. 44r-44v.

(57) *Ibidem.*, fol. 44v.

5. EL GOBERNADOR GOBERNADO

Junto a estos informes de aspectos concretos, podemos encontrar otras opiniones del gobernador sobre «su reino» en frases como «esta miserable península», «infeliz península», «puro arenal», «no se halla más que espinas», ... etc., que demuestran la visión negativa que fue naciendo en Portolá a lo largo de los meses que estuvo en Loreto. Para confirmar esta afirmación podemos añadir la misiva enviada por el gobernador californiano a su homónimo de Sonora, Juan de Pineda, el 24 de marzo: «Cuando salí de México, que era con el destino de ir bajo el dulce mando de vuesa señoría, *cuya gloria me ha quitado el gobierno de Californias*, me entregó el señor don José de Gálvez la inclusa que remito a vuesa señoría, *que hubiera celebrado ser yo el portador de ella*» (58).

Las causas de esta actitud negativa las podemos resumir en tres. En primer lugar, el desvanecimiento del espejismo californiano de riquezas y posibilidades económicas, sustituido por una ardiente y austera realidad. Para ilustrar ésta, podemos recordar la siguiente anécdota que recogió el padre Baegert: «Cierto es que el capellán de campaña del señor Portolá, Real Gobernador de California, creía que no escasearían en la ciudad californiana de Loreto (como él se lo imaginaba) orfebres que le pudieran componer un pequeño tabernáculo de plata que había sufrido algún desperfecto durante el viaje; pero se encontró miserablemente engañado no sólo en cuanto a este punto, sino en cuanto a algunos otros más» (59). En segundo lugar, la incapacidad para resolver los problemas numerosos y variados que necesitaba la puesta en marcha de una nueva gobernatura. Recordemos como Portolá se queja de la falta de oficiales reales y de instrucciones para ciertos asuntos de su gobierno. Por último, hay que señalar el sentimiento de impotencia que acumuló con las misivas del virrey Croix. A todos sus requerimientos, se respondió desde México con «hasta que vaya el Visitador», «cuando vaya el Visitador».

Efectivamente, se le ordenó reiteradamente a Portolá que no hiciese novedad en los principales asuntos californianos, lo que unido a la práctica anulación de sus poderes y opiniones desde

(58) Carta de Portolá a Juan de Pineda, Loreto, 24 de marzo de 1768, en BNMx, A.F. 4/71.2.

(59) BAEGERT [12] pág. 77.

que Gálvez puso pie en la península, el 24 de mayo de 1768, da un resultado desalentador el gobernador fue gobernado.

Portolá, en definitiva, fue el primer desertor de los sueños utópicos de Gálvez y esto, unido a evidentes fallos de su administración como la falta de control sobre los comisionados que puso al frente de las misiones —los cuales llevaron a cabo un grave esquilmo de los ya de por sí pobres establecimientos— y el benévolo trato dispensado a los jesuitas, le llevaron a un relegamiento en los planes del visitador. Podemos preguntarnos, entonces, ¿por qué fue elegido para comandar la Santa Expedición, que sería a la postre la base de la gloria del primer gobernador californiano? Como buen y experimentado militar. Portolá podía muy bien ejecutar las instrucciones y órdenes de Gálvez. Además, la expedición debía atravesar un país lleno de pueblos indígenas desconocidos, lo que aumentaba el peligro del viaje, por lo que la expedición debía ser encabezada por un militar. Portolá se encontraba en la península y, dada la premura con la que Gálvez organizó la Santa Expedición y las graves noticias que le iban llegando de la situación de Sonora, podemos pensar que el gobernador fue un candidato impuesto por las circunstancias. Ya no era necesario en la península de California, en donde Gálvez iba situando a sus hombres de confianza.

Hay que recordar, para afianzar la anterior idea, que el gobernador fue ajeno a todo preparativo de la Santa Expedición, lo cual es muy significativo. En la entrevista entre Serra y Gálvez en el real de Santa Ana, es donde fueron elaborados los detalles de los cuatro cuerpos expedicionarios —dos terrestres y dos marítimos— enviados a San Diego y Monterrey, se prescindió de Portolá, mientras el capitán Fernando Rivera y Moncada fue el encargado de visitar las misiones para reunir el ganado y aperos necesarios para la larga caminata hacia el norte. Es más, los preparativos en Loreto, en donde residía Portolá, fueron dirigidos por Serra, quien obtuvo autorización del Visitador para sacar del Real Almacén todo lo que considerase necesario para los nuevos establecimientos (60). El gobernador, por tanto, fue un espectador de los acontecimientos. Además, cuando años después se le requirieron las cuentas de Loreto durante su gobernatura, alegó

(60) Francisco PALOU: "Noticias de la Antigua y Nueva California" en AGN, Historia, vol. 22, fols. 29 y ss.

que la premura con la que Gálvez le ordenó su incorporación a la Santa Expedición no le permitieron detallarlas (61).

Ha pasado desapercibido para los historiadores de Portolá el hecho significativo de que el Visitador y el Gobernador nunca se encontrasen en Baja California. Y lo que es más grave, ha sido olvidado —conscientemente o no— la forma sutil con la que Portolá fue alejado de toda participación en el Noroeste, lo cual no concuerda con la forma de proceder del visitador, siempre generoso con su *séquito* siempre dispuesto a mantener y elevar a sus fieles seguidores.

(61) Carta de Portolá al virrey Bucareli, Puebla, 25 de julio de 1772 en AGN, Marina, vol. 32-A, fol. 37r-37v.